Un día de lluvia . . .

Déborah Pérez Marrodán

Image not found.

Capítulo 1

Ocurrió un día de lluvia. No había nadie por las calles ¿quién se aventuraría a salir en una tarde semejante? Tampoco yo me hubiese aventurado si no hubiese sido por Dana... pero por Dana haría cualquier cosa. Dana es amiga mía desde que ambas íbamos a primaria en el mismo colegio, más tarde fuimos a institutos distintos... y nos volvimos a reunir en la universidad. Ahora trabajamos en la competencia pero aún así nunca dejamos pasar la oportunidad de hacernos algún que otro favor profesional.

Aquel día Dana estaba en un aprieto, su jefe le exigía reunir para aquella misma tarde una información que ella sola no podía recoger... y yo me ofrecí para ayudarla. Volví ya a mi casa cuando, entre el ruido de la lluvia y los truenos, escuché un sonido vago... algo así como un lamento, que venía de debajo de un coche aparcado en la acera. Tras dudar un momento, me agaché y miré. No podía creer lo que veía... un pequeño gatito blanco, enroscado como una minúscula bolita de pelo, temblaba empapado tras una rueda del coche. Sorprendida, me pregunté cómo era posible que estuviese allí solo, ya que apenas tendría un par de meses, y traté de atraerlo hacia mí llamándolo con suavidad. Viendo que el gatito no se movía le acerqué la mano lentamente, él hizo el amago de huir... pero no se movió. Lo cogí poco a poco y, cuando lo tuve en los brazos, vi que llevaba puesto un collar... tal vez se habría escapado o... De todas formas, no podía quedarse allí, así que apreté el paso hacia casa llevándolo bajo mi abrigo para darle calor.

Cuando llegué a casa lo saqué de mi abrigo, lo miré y él me miró con grandes ojos tristes mientras, sin dejar de temblar, se sacudía el agua que aún empapaba su pelaje de tal manera que se tambaleó y cayó sentado sobre sus patas traseras. Sonreí y me volvió a mirar... esos ojos parecían expresar tantos sentimientos a la vez: tristeza, curiosidad, miedo, desamparo. Lo sequé con una toalla y lo arropé en una pequeña manta que coloqué cerca mía, en el sofá. Parecía estar hambriento, así que le acerqué un platito de leche y, con timidez primero, ávidamente después, se la bebió lengüetazo a lengüetazo. Creo que fue entonces cuando sentí que ese pequeño ser que me miraba fijamente mientras se relamía los bigotes dependía absolutamente de mí. Era una sensación extraña pero clara, supe en aquel momento que nadie lo reclamaría, que estaba solo... solo como yo y que sus grandes ojos negros estaban conectados para siempre con los míos.

Qué puedo decir... desde aquel día de lluvia Nacar está siempre conmigo. Creció, por supuesto, pero sigue siendo una pequeña bolita de pelo blanca que se enrosca en los días de frío encima de su manta. Nadie lo reclamó, solo algún que otro curioso llamó preguntando dónde lo había encontrado y si lo quería vender...

En los días de lluvia, Nacar me mira con sus grandes ojos, como si me pidiera permiso, y se sube a mi lado en el sofá. Entonces parece que recordamos juntos aquel otro día de lluvia en el que encontré una bolita

blanca tras la rueda de un coche.